

CRISIS DEL ROL MATERNO: LA DISIDENCIA³

Juan Carlos Almonte Koncilja⁴

Resumen

Se analiza la crisis social actual chilena (i.e. Estallido Social) a partir de la experiencia personal -especialmente clínica- del autor, desde un ángulo íntimo y familiar: a la habitual ausencia ya conocida de la figura paterna, hoy se suma la de la madre. Se especula sobre algunas condicionantes de esta situación. La falta de la presencia disponible de adultos protectores en los hogares disminuye la capacidad para reflexionar en las vivencias propias del desarrollo, así como también coarta la creatividad y, por último, la capacidad para estar solo. Esta ausencia ha sido progresivamente reemplazada por la matriz de internet, que da alojamiento psíquico incorpóreo a bajo costo pecuniario. Se propone que este traslado ocurre habitualmente con escasa o nula conciencia de lo perdido y/o transformado durante el proceso.

Palabras clave: Estallido social, disidencia, rol materno, internet, abandono.

Abstract

MATERNAL ROLE CRISIS: DISSIDENCE

The current Chilean social crisis (i.e. Social Explosion) is analyzed from the personal experience -particularly clinical- of the author and from an intimate and familiar perspective: to the common lack of paternal figure, it should be added the maternal one today. It is speculated about determining causes that might be implied. The lack of protective available adult figures at home reduces the capacity to reflect upon developmental experiences. It also restricts creativity and the capacity to be alone. This absence has been progressively replaced by the internet matrix which gives pecuniarily low-cost incorporeal psychic shelter. It is proposed that this relocation happens with scarce or even zero awareness of what has been lost or transformed throughout the process.

Key words: Social explosion, dissidence, maternal role, internet, abandonment

³ Texto publicado en el sitio web de la APCh, en la sección "Textos que hablan de hoy", diciembre de 2019.

⁴ Psiquiatra. Psicoanalista. Miembro Asociado Asociación Psicoanalítica Chilena

Ya no hay padres. Se han ido con otra mujer, se los llevó el alcohol o simplemente desaparecieron. Aunque no tan simplemente. Muchas veces fue después de intensas disputas con sus mujeres, en las que algún tipo de violencia fue protagónica. En tantas otras ocasiones sería discutible decir incluso que estos alcanzaron a llegar: no hubo más que una estadía fugaz seguida del brutal desentendimiento de las consecuencias de esta breve aventura. Sin embargo, algunos pocos padres siguen ahí, aunque suele ser a través de su imperceptible presencia, ensimismados en pasiones o frustraciones personales. Que la figura del padre está en crisis, es una idea que ya no sorprende a nadie (Montecino, 1993; Salazar, 2006).

Por el contrario, la madre visible, identificable, sigue dando vueltas por ahí. Rara vez desaparece. Muchas veces he escuchado que este país es sostenido por madres valientes, fuertes y trabajadoras. Si bien su existencia no está cuestionada, creo que poca reflexión ha suscitado su presencia en la familia contemporánea en relación con la muy comentada ausencia del padre. Un hombre desnudo encaramado en una estatua durante las últimas protestas grita desgarradoramente “¡mamá! ¿por qué me has desamparado?”. La escena, relatada por un testigo que podría hacer propia esta frase, recuerda a aquella de Jesús en la cruz aludiendo al padre. Hoy la pregunta es por la madre.

La madre a la que me refiero, aquella sin una pareja que la apoye en la crianza, está ya sea trabajando o buscando hacerlo. Cuarenta y cuatro horas, tal vez algún turno extra, más las dos o tres horas diarias en transporte⁵. Otra gran preocupación de esta mujer es habitualmente la búsqueda de una nueva pareja. Y muchas veces de otra y otra más. Entre el cansancio y el aplastamiento debido a trabajos que ofrecen escasa posibilidad de sentirlos como propios, y, por otra parte, el vaivén emocional de relaciones amorosas muchas veces inestables y abusivas, la madre que llega de vuelta a casa ya no tiene disponibilidad para ejercer el rol materno. Hablo de madres deviniendo padres y fallando de similar manera que estos.

En los últimos años me ha llamado la atención que cada vez más jóvenes universitarios no hablan de sí mismos y de su sexualidad en términos de ser gay, lesbiana o hetero, ni de

⁵ Entre el 2005 y 2019 (pre estallido social), la tasa de empleo femenino en Chile había subido en 17,5%, desde el 38% al 55,5%. En un período similar tal aumento fue mucho más discreto para el conjunto de países de la OCDE, del 56,7% en 2007 al 61,4% en 2019. Fuente: <https://data.oecd.org/emp/employment-rate.htm> (revisado el 18 de febrero de 2022).

sentirse trans o cis, si no de ser disidentes. Se identifican con la resistencia y la renuncia. Me parece útil tomar prestada esta palabra para pensar en qué está pasando con los roles maternos y paternos. También ahí tenemos disidentes. Escucho cada vez con menos sorpresa a mujeres adolescentes hablar de otras mujeres -mayores que ellas- que están en casa esperándolas para pedirles ropa, maquillaje, y entonces poder partir a alguna cita o fiesta. Ellas me cuentan que muchas veces intentan ejercer un rol de cuidado sobre sus madres: “¿con quién saldrás?” “¿y dónde?” “por favor no llegues tan tarde pues mañana tiene doctor tu hijo”. Son las menores las que han vuelto a usar pantalones sueltos y a evitar el escote. Intentan ser madres de las suyas y entregarles a estas la adolescencia como un regalo. Cuando se trata de un hijo, la restitución de la pareja parental perdida pareciera encontrar una solución doméstica: madre e hijo siendo partícipes de una doble seducción que los ilusiona con una vía rápida hacia el triunfo edípico. Se podría hablar entonces de una disidencia materna, cuya vacancia da paso en su lugar a una hermana o a una novia.

En nuestra cultura, hasta hace poco, la presencia de la madre en el hogar estaba dada por hecho. Tal vez sea más apropiado hablar de disponibilidad o de presencia disponible que de presencia a secas. La existencia de la madre en los escenarios que he descrito hace más bien referencia a un cuerpo exhausto y frustrado, uno que necesitaría del sosiego que otros le podrían aportar. Vemos hoy un ambiente hogareño⁶ mermado de adultos que ofrezcan contención y cuidado⁷. Bajo estas condiciones, la generación de los hijos no solo se encuentra desprotegida y expuesta a riesgos, sino imposibilitada para pensar. No se hace posible profundizar en las experiencias propias cuando la atención debe estar principalmente dedicada a los cuidados básicos. Un grupo familiar así constituido no permite que haya espacio para la entrega necesaria que requiere la divagación creativa, aspecto central en el desarrollo de una personalidad que equilibre y transite con libertad entre externalidad e interioridad.

El psicoanalista inglés Donald Winnicott (1958) planteó que la capacidad para estar solo depende de una experiencia anterior en que se pudo estar acompañado y en la que el que acompañaba le permitió al acompañado creer por un tiempo que ambos eran uno solo. La primera soledad es en presencia de otro, habitualmente la mamá. Si no han estado

⁶ “Ambiente hogareño” es uno de los posibles usos metafóricos de lo maternal en este texto.

⁷ Una excepción a esto podría ser cuando hay una abuela en casa.

disponibles en suficiente cantidad este tipo de situaciones, el estar solo se convierte en una incesante y desesperada búsqueda por un otro, en un síntoma definido por el “no hay”.

Sin embargo, en las casas de hoy sí hay otros, aunque mediados virtualmente. La internet, así como una madre atenta, es un flujo incesante, disponible a cualquier hora. La señal que viaja por el aire, está en todas partes. Junto con traer a otros a través de este recurso tecnológico, también trae dos elementos más: la intermediación y la mecánica no humana -si bien, producida por el intelecto humano. La madre útero, la madre piel, la madre que contiene, el adulto disponible, el ambiente hogareño, todos ellos son reemplazados por una representación de aquello que llega a través de una señal y una pantalla. He conversado con jóvenes que me han contado que pueden estar fácilmente seis y hasta diez horas diarias en casa conectados, y esto a lo largo de diez años o incluso más. Verdaderamente, da para pensar en una especie de relación ahí. Una que requiere ser comprendida como un intento de reemplazar a otras faltantes.

Esta relación entre un ser humano y una matriz tecnológica que hace de intermediario entre dos o más personas o que, en su defecto, intenta remedar un vínculo al conectar a una persona (usuario) con un enjambre de algoritmos (e.g. Siri -que, dicho sea de paso, es por defecto una voz de mujer- o algún juego virtual en que se recrea la interacción entre humanos), presenta los problemas que son propios a cualquier tipo de transformación, aunque multiplicados por un factor difícil de cuantificar. Con esto me refiero a aquellos residuos que en cualquier proceso de transformación o traducción a otro lenguaje no son transferibles. Por ejemplo, en una videoconferencia, perdemos la posibilidad de experimentar el olor del otro. Podemos suponer que en muchos de los procesos que suceden en internet, los mensajes viajan a través de muchos nodos que implican cambios de estado: simplificaciones, acomodaciones, traducciones, etc. Tengo la impresión que este tipo de procesos los experimentamos pasivamente, quiero decir, con poca o nula conciencia de que estos cambios han implicado pérdidas en el camino. En esto ayuda también la fascinación ilusoria que habitualmente produce la tecnología y que la publicidad estimula. Mi hipótesis es que este defecto de reconocimiento es acentuado por un déficit en la capacidad de elaborar las pérdidas, causando una distorsión en la realidad percibida. Se tiende a completar así el espacio que deja la frustración con agrupaciones de algoritmos incorrectamente asumidos como presencia humana. De este modo se intenta, y probablemente en un sentido se logra,

reemplazar no solo a la persona faltante, sino al estado emocional propio del estar acompañado, con un sucedáneo de este.

Me ha tocado conocer últimamente a varios jóvenes universitarios -que comparten el tipo de situaciones vivenciales que he estado describiendo en este texto- con los que me he sentido en presencia de un vínculo enrarecido. Inicialmente la sensación ha sido de frialdad y distancia, parecida a la que acostumbraba a percibir en el hospital psiquiátrico con pacientes con cuadros psicóticos. He descubierto que la situación me angustia, seguramente también a ellos, y he pensado que dicha angustia proviene de la dificultad para encontrar lo propiamente humano allí.

Sin embargo, al darle espacio al diálogo a lo largo de varias reuniones, me doy cuenta que el cuadro dista mucho de una psicosis. Aparecen personas que han estado privadas de contacto humano por periodos muy largos y no saben muy bien cómo reaccionar en este escenario no comandado por algoritmos. No saben qué responder cuando les pregunto cómo se sienten. Probablemente muy pocos han hecho la pregunta anteriormente. Ha sido así desde la interrupción precipitada de los cuidados de la madre cuando el reposo postnatal no alcanzaba a ser de tres meses⁸, en adelante.

Hablo con ellos y de a poco me he ido dando cuenta que les debo preguntar por su habitación en la virtualidad. Entonces empieza a aparecer un relato donde antes no había. Hablamos de animés japoneses y de competencias virtuales de karaoke que prometen llevar a los mejores a Corea del Sur. Me cuentan de juegos de rol y matanzas grupales cuyos nombres no alcanzo a registrar. Recorro a mis referentes mentales de esos mundos y empiezo a entender la forma como están vestidos, sus cortes de pelo y tatuajes.

El cuerpo -relegado a un segundo plano por lo que sucede más allá de la pantalla- ha sido vestido después de tal recorrido tecnológico. El sentir, habitualmente basado en experiencias de la fisiología de nuestro organismo y de este en interacción con otras personas, es desplazado al terreno de ese más allá casi inmaterial de la internet. La vuelta al cuerpo en la ciudad material resulta entonces perturbadora. Quizás el tipo de experiencias de la que se deben defender estos muchachos en ese momento es de la sensación de estar habitando un

⁸ La ley 20.545 (Chile) que extiende el período de postnatal de 12 a 24 semanas, se publicó el 17 de octubre de 2011.

cuerpo que les resulta impropio y desnudo, uno que no ha podido ser tocado ni abrazado -al menos hasta el encuentro masivo de la marcha. La falta de una madre abrazadora ha sido porque esta estaba en la disidencia⁹ del rol materno.

Comentario final

El presente texto es el resultado de observaciones clínicas y reflexiones realizadas por su autor en los meses siguientes al estallido social. Fueron referentes fundamentales las lecturas en paralelo de “Madres y Huachos”, de Sonia Montecino y de “Ser niño ‘huacho’ en la historia de Chile”, de Gabriel Salazar. En tanto texto testimonial, no pretende abarcar la totalidad de factores involucrados en una situación tan compleja y multicausal como el estallido social chileno. En este sentido, la ausencia de la madre, es un foco entre muchos que se podrían fijar para llevar a cabo un análisis como este. No es un hecho universal, diversas realidades sociofamiliares coexisten en nuestro país. Sin embargo, escogí este motivo por ser el que me impactó más directamente a través de la escucha en mi trabajo clínico. Es un énfasis en lo íntimo, en lo intrahogareño, como suele ser gran parte de lo que nos cuentan en nuestras consultas.

Bibliografía

- 1.- Montecino, S. (1993). Madres y Huachos. Santiago: Catalonia.
- 2.- Salazar, G. (2006). Ser niño “huacho” en la historia de Chile (siglo XIX). Santiago: Lom.
- 3.- Winnicott, D.W. (1958). The capacity to be alone. En The maturational processes and the facilitating environment (p.29-36). London: The Hogarth Press, 1965.

Email: jcalmonte@gmail.com

⁹ Para los efectos de este texto, no entiendo a la disidencia como un hecho necesariamente voluntario, consciente, ni siquiera *tan* propio.